

Hijos de una migración menor

La crisis humanitaria desatada en la frontera de Estados Unidos por la llegada de miles de menores, ha evidenciado que cada vez más niños y adolescentes van en busca del sueño americano. Solos cruzan México. Aquí, por su situación de vulnerabilidad, sufren violaciones a sus derechos humanos y son un blanco fácil para grupos delictivos

JULIO RÍOS

“

Mamá, no me entregaré a Migración y seguiré mi camino a Estados Unidos, cuídense mucho”. Estas líneas que Álvaro, de 16 años, escribió a su madre en Guatemala, y que están incluidas en el informe de FM4 “Migración en tránsito por la Zona Metropolitana de Guadalajara”, refleja cómo niños, niñas y adolescentes no temen emprender la travesía migrante a través de México, para llegar a Estados Unidos. Lo alarmante es que cada día son más pequeños, y cada vez es más común que lo hagan solos, sin adultos que los acompañen.

El flujo sigue concentrándose en las rutas ferroviarias del Golfo de México y del centro del país. En la del Pacífico (que pasa por Guadalajara) es notorio un incremento. Según las cifras de FM4 (organización sin fines de lucro que atiende a migrantes en tránsito por Guadalajara), del 1° de enero al 30 de junio de 2014, han atendido a 180 menores de 17 años, es decir, un promedio de 30 al mes.

“Antes atendíamos tres o cuatro por semana”, dice Alonso Hernández López, encargado del área de investigación de FM4. “Es otra de las caras de la crisis humanitaria que hemos tratado de visibilizar, y es una evidencia más del recrudecimiento de la situación de vulnerabilidad de los migrantes, la que se agrava, porque cada vez más menores empiezan a subir a la Bestia. Es preocupante, porque si los adultos están sujetos a un constante acecho en la violación a sus derechos humanos, los menores, por su condición de edad, de indocumenta-

dos y el desconocimiento de las geografías, son más vulnerables”.



▲ *El aumento de niños que intentan llegar solos a EE.UU., se ha convertido en una crisis humanitaria, sobre todo en estados fronterizos.*
Fotos: Jorge Alberto Mendoza

dos y el desconocimiento de las geografías, son más vulnerables”.

De acuerdo con el Instituto Nacional de Migración (INM), cada año alrededor de 40 mil niños y niñas que migran son repatriados desde Estados Unidos a nuestro país.

En México, Hernández López detalla que desde hace cinco años el crecimiento es exponencial, con un 707 por ciento más de menores

de El Salvador, 930 por ciento de Guatemala y mil 270 por ciento de hondureños.

Las cifras de la Patrulla Fronteriza, divulgadas por la agencia AFP, son alarmantes: más de 52 mil menores han sido detenidos desde octubre a julio al cruzar la frontera de México. Esta “avalancha de niños” se ha convertido en una crisis humanitaria, sobre todo en Texas y Arizona.

Busca más en:
gaceta.udg.mx



primer plano

Domingo Gonzalo, miembro de la asociación Campaña Fronteriza, y Nativo López, consejero de Hermandad Mexicana, denunciaron el 2 de julio que los niños que recibe la Patrulla Fronteriza están en “pésimas condiciones” y ni siquiera tienen camas o catres para dormir, pues “los menores permanecen hacinados a la espera de que las autoridades abran el proceso para devolverlos a su país”.

De acuerdo con el reciente informe de FM4 de 2013, en Guadalajara la infraestructura de asistencia social no es apta para esta población.

“En el caso de los niños, niñas y adolescentes no acompañados, no es posible brindarles el servicio, ya que por ser menores requerirían estar acompañados por sus padres y probarlo con la documentación necesaria. En el caso de mujeres que viajan solas o acompañadas, niñas, niños, adolescentes, así como familias completas, ha sido complicado garantizar el espacio de albergue que cuente con las condiciones para acompañarlos y protegerlos”, señala el informe.

Otro ejemplo es el albergue San Juan Grande (operado por la sociedad civil), que recibe migrantes, pero solamente hombres adultos.

Alonso Hernández detalla que muchos de los menores van en busca de sus padres o familiares, y a otros, sobre todo adolescentes, no les importa dejar a sus familias para buscar el sueño americano. Otros se han dejado engañar por falsos rumores de que recibirían asilo humanitario con tan sólo poner un pie en Estados Unidos.

En todos los casos, el motor de la movilización es una vida precaria, la falta de empleo y la violencia social que existe en sus comunidades de origen, y muchos de ellos al tener vínculos con familiares en Estados Unidos ven como única salida jugársela. “Uno de los riesgos es que las pandillas de ‘maras’ o de otros grupos, reclutan cada vez a más jóvenes para integrarlos a las estructuras criminales. Es todo un caldo de cultivo”.

Hernández López lamenta que los esfuerzos del vecino país del norte estén enfocados a expulsar a estos menores que arriesgan su vida en busca de una mejor realidad. Cree que se necesitan políticas públicas más concretas, no sólo en México como país de tránsito o Estados Unidos como país receptor, sino también en sus países de origen. “Se requiere un trabajo articulado entre la región centroamericana y norteamericana”.

Concluye: “Mientras sigan creyendo que el migrante es un delincuente y sigan ignorando las causas que los obligan a migrar, la crisis humanitaria continuará. El gasto anual para deportaciones en Estados Unidos es de 18 billones de dólares. Si ese dinero fuera invertido de manera positiva para disminuir la pobreza, trabajo conjunto desde una perspectiva que atienda los derechos humanos y la dignidad de los sujetos, sería distinto todo”. *

Continúa en la página 6 ▶



“Sólo sé lo que escucho”

VÍCTOR RIVERA

Don Héctor está recargado en un coche y, como las demás personas que se encuentran reunidas en la calzada de las Palmas, en el Agua Azul, espera a que abran las puertas del Centro de Atención Integral de Personas en Situación de Indigencia (CADIPSI), del sistema DIF Guadalajara. Son casi las tres de la tarde, y el propósito de esta decena de individuos, cuya suerte común es vivir en situación de calle, es conseguir un plato de comida caliente. En cambio Héctor, además de llenar el estómago, tiene otro objetivo: llegar a Texas, en Estados Unidos.

Es hondureño, tiene 56 años y pocos días en Guadalajara, a donde llegó de su país, montado arriba del tren conocido como La Bestia y en otros tramos de *ride*. Dice estar familiarizado con México –pues aquí tuvo una gran amistad– pero, agrega: “uno nunca termina de conocer”. Comenta que de Guadalajara no sabe cómo se irá. Piensa buscar algún trabajo, conseguir dinero y seguir con su viaje de una forma más segura: pues sabe que el recorrido “es peligroso”.

“Yo no he visto nada, gracias a Dios. Fuera mentiroso si dijo que sí. He escuchado muchas cosas de gente que ha mirado o ha vivido. Hay quien dice que en algunos albergues han sido atacados, los han macheteado. Uno dicen que son Zetas, otros dicen que son pandillas. La verdad es que uno no sabe, porque no he estado ahí y no me ha tocado. Sólo sé lo que escucho”.

Don Héctor afirma que en el trayecto se ha encontrado a mujeres que cargan niños o bebés, y así realizan su camino de migración. “Los *babies* están a la intemperie. Dan lástima: son niños de meses, de uno o dos años.

“Sí he visto niños solos –continúa–, pero la verdad es que no me gusta entablar mucha relación con la gente. Uno no sabe lo que traigan o en qué problemas uno se pueda meter por andar husmeando. He preferido mantener un poco de distancia, pero es muy triste”.

Jorge López Ramírez, coordinador del CADIPSI, asevera que, según las pláticas que ha entablado con migrantes que llegan al centro, una de las nuevas estrategias que éstos están implementando es mandar a las esposas o a los hijos con un pollero desde Centroamérica hasta la frontera, o en muchas ocasiones hasta la Unión Americana, y luego el padre de familia los alcanza viajando en el tren.

“Por aquí no han pasado niños. Siempre son personas adultas, y de todas las personas que nosotros recibimos, el 95 por ciento son varones. Casi no llegan mujeres. Aunque hay que resaltar que el albergue está destinado a los indigentes, si bien no les cerramos las puertas a los migrantes”.

Afirma que el 40 por ciento de éstos llegan al albergue con algún golpe o herida ocasionada en el trayecto, por subirse al tren o por asaltos. De todas formas, si llegaran menores de edad, no podrían atenderlos, sino seguir el protocolo que marca la ley, que es enviarlos al Instituto Nacional de Migración, instancia que se debe encargar de ellos.

Héctor ahora está comiendo con los demás indigentes. Se acomodan en las sillas y se abalanzan sobre el plato, con la satisfacción de un objetivo logrado. En cambio el señor centroamericano, a pesar de saber que tendrá que pasar la noche en el albergue, sigue con su mente fija en Texas, donde toda su familia lo espera: “Me voy porque en Honduras no tengo a nadie”. *

Las políticas de Estados Unidos

El país norteamericano no reconoce leyes o declaraciones universales, entre ellas los derechos humanos del niño, frente a temas que afecten su seguridad nacional, como la actual migración masiva de menores, opina investigador

JOSÉ LUIS ULLOA

Dos fenómenos están disparando la migración infantil: la falta de desarrollo y estancamiento económico de los países centroamericanos, así como la cuestión de la seguridad en esas naciones, explicó Arturo Santa Cruz, director del Centro de Estudios sobre América del Norte (CESAN), del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, quien además señaló que la migración es un problema estructural, y México, como país de tránsito, debe tomar medidas para garantizar los derechos universales de los niños migrantes. “Nuestro país es partícipe en este problema y debe también constituirse como parte de la solución”.

Abelardo Rodríguez Sumano, investigador del CESAN, opinó que debería plantearse “un acuerdo político, considerando las deficiencias estructurales de los estados y las instituciones, para que esta crisis humanitaria no escale a niveles que puedan ser todavía aún más nocivos”.

El investigador duda que el país norteamericano se pueda “hacer cargo del problema, de un tema que ha sido más de carácter político, más que de políticas públicas”. La migración siempre ha existido, desde principios de los noventa, y hoy “les explotó”.

Acerca de que Estados Unidos pueda otorgar a los menores migrantes el estatus de refugiados internacionales al ser desplazados por la violencia, Miguel Sigala, también investigador del CESAN apuntó que difícilmente eso puede ocurrir. “De acuerdo a sus legislaciones pueden catalogarles como migrantes por motivos económicos, independientemente que esto sea cierto, parte de la historia o toda la historia”.

Por otra parte, está el tema de los derechos universales del niño, los cuales, menciona Rodríguez Sumano, “entran en contradicción con la seguridad nacional de los Estados Unidos. Cuando se trata de su legislación interna no reconocen otras leyes”.

A pregunta expresa de si Estados Unidos podría presionar o persuadir a México para militarizar su frontera con Guatemala, comentó que hay una serie de aproximaciones para fortalecer la capacidad de respuesta militar por parte nuestra en la frontera con Centroamérica. “Las presiones sí existen por la nueva redefinición histórica de Estados Unidos”, pero “las fuerzas armadas del Estado mexicano no han estado de acuerdo en recibir presión” por el vecino el norte. *

La crisis humanitaria de los niños migrantes



Martín Vargas Magaña
Secretario General del Sindicato de Trabajadores
Académicos de la Universidad de Guadalajara



La creciente ola de niñas y niños migrantes indocumentados, provenientes mayoritariamente de Centroamérica y que viajan solos en su intento por llegar a suelo norteamericano, ha alcanzado grandes proporciones hasta convertirse en una alarmante crisis humanitaria en los Estados Unidos y en nuestro país, que debiera llamarnos a una reflexión a fondo y a tomar acciones urgentes.

Aunque este lamentable fenómeno social no es nuevo, a partir de 2011 se ha presentado un incremento considerable en el número de infantes centroamericanos que intentan, solos, alcanzar los Estados Unidos.

De acuerdo con información de los servicios fronterizos norteamericanos, durante el trienio 2009-2011, alrededor de 60 mil niños latinoamericanos (20 mil por año), llegaron a los EE.UU. como indocumentados. La mayoría de ellos migraron desde México (cerca de 54 mil) de la mano de sus padres o de algún familiar adulto.

Para 2014, la estimación oficial es que la cifra de menores migrantes hacia el país del norte alcanzará los 70 mil 500, de los cuales 52 mil provendrán de El Salvador, Honduras y Guatemala, y harán la peligrosa travesía desde Centroamérica en solitario.

¿Qué está pasando? La creciente violencia que los menores viven en sus lugares de origen, como producto del aumento de la actividad y predominancia de la delincuencia organizada, obliga a los niños a escapar, dejando atrás a sus familias, para realizar un viaje peligroso (en el que cientos de adultos pierden la vida cada año), sin ningún tipo de ayuda o asistencia.

Ante estas circunstancias, recientemente la oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados advirtió que cerca del 60 por ciento de los niños migrantes son elegibles para algún tipo de protección humanitaria (lo que implica su permanencia en los EE.UU.) bajo las leyes migratorias norteamericanas vigentes. Sin embargo, la inmensa mayoría de los infantes aprehendidos en la frontera norteamericana nunca es entrevistado por

funcionarios de servicios humanitarios a fin de analizar su situación y decidir sobre la posibilidad de brindarles asilo; en cambio sus deportaciones inmediatas son tratadas por parte de la patrulla fronteriza.

Deportar a estos niños sólo provoca que su situación de vida empeore, ya que son devueltos a un contexto de violencia social y política donde pueden perder la vida al ser reclutados por la delincuencia organizada, para involucrarse en actividades ilícitas.

Pero más allá de reclamar a los EE.UU. actuar con mayor responsabilidad en este caso, como típicamente ocurre, los mexicanos debemos hacer la parte que nos corresponde. Los cerca de 20 mil niños mexicanos que migran cada año hacia la Unión Americana merecen tener mejores oportunidades de desarrollo para ellos y sus familias, en nuestro país. Y al menos durante los últimos tres sexenios, no ha sido de este modo (bajo crecimiento económico, altas tasas de desempleo y empleo informal, crecimiento de la pobreza, etcétera).

Por otra parte, la Ley de Refugio Mexicano hace suyo el artículo cuarto de la Declaración de Cartagena, donde se destaca que cuando en un país hay situaciones de violencia generalizada, “las niñas y niños pueden recibir asilo”. Cabe entonces preguntarnos: ¿qué estamos haciendo en México para auxiliar a estos infantes? La respuesta hasta este momento es: nada. Al igual que los EE.UU., simplemente los deportamos. Tan sólo el año pasado, el Instituto Nacional de Migración deportó a 8 mil 600 niños, principalmente centroamericanos, a su país de origen.

¿Por qué los deportamos de forma masiva, en lugar de analizar cada caso y ayudarlos a mejorar su situación? ¿Por qué los enviamos de vuelta a la violencia de la que escapan, sin ofrecerles refugio? ¿Por qué en lugar de ser tratados por el INM como indocumentados no son trasladados al DIF para que reciban cuidados y atenciones acordes con su edad y necesidades? Si reclamamos responsabilidad en los vecinos, deberíamos empezar por asumir la propia en casa. *